

Un médico muy joven, de la Cruz Roja alemana, se hospeda en el hospital. Habla admi-

rablemente francés y con frecuencia se insinúa en nuestras conversaciones, sea para practicar el idioma que tan a fondo conoce, o con el fin de espiarnos. Nos habla siempre de la grandeza de Alemania y de la admiración del pueblo por el Emperador. Su conversación no nos es grata; hoy la anoto porque me sorprendió la profunda convicción que puso en ella: «La guerra terminará muy pronto, dijo, dentro de dos semanas estaremos en París. Marchamos con mayor rapidez que en 1870, porque no hay que olvidar que ahora hemos luchado en Bélgica — tuvo la atención de no decir: «hemos conquistado Bélgica» —. Alemania tiene nueve millones de hombres, desde la edad de dieciocho años hasta la de cuarenta y cinco. Francia no vale nada, pronto la aplastaremos; no es culpa nuestra que se haya dejado gobernar mal; nosotros nos aprovechamos de todo. Ya estamos

en San Quintín y de aquí a París es sólo cuestión de días. Cuando París esté en nuestras manos, los franceses harán la paz; entonces todas las fuerzas aniquilarán a los rusos, que son los únicos que por ahora nos incomodan un poco».

El grupo de belgas guardó profundo silencio después que terminó de hablar el joven médico; éste se despidió y se marchó satisfecho, sacudiendo el polvo de su pantalón con un fuetecillo.

Dijo sus palabras con tal aplomo, con tan aparente sinceridad, que nos impresionaron y nos hacen pensar, a pesar nuestro, que muy bien pudieran pasar las cosas como él las prevee. ¡Imaginaos el dominio de tales hombres sobre sus soldados, educados para creerles!

Oh, no! Francia victoriosa, aun cuando haya sido a costa del divino martirio de Bélgica; de la intervención de Inglaterra y de la valentía primi-

tiva de los cosacos. Que Francia viva, para que el mundo conserve la mejor de sus sonrisas.

Como son numerosas las tropas que regresan, ha sido necesario alojar a los soldados en las casas particulares. A nosotros nos tocó un «húsar de la muerte», que duerme en la habitación inmediata a la mía, y juro que no siento el menor temor. Es que hemos tenido una larga e interesante conversación en español, pues ha estado en la América del Sur y conoce perfectamente nuestra lengua. Vió sobre la chimenea una banderita mexicana y me preguntó si era italiano.

— No, soy mexicano — le contesté.

— Entonces hablemos en español, he vivido varios años en Caracas, a donde pienso volver después de la guerra.

— Deseo que pueda usted regresar.

— Los mexicanos son valientes, ¿verdad? No retroceden como los franceses; los mexicanos nos comerían.

(Me incliné profundamente ante el cumplido canibalesco.)

— Los mexicanos se baten siempre entre sí.

(Me incliné aún más profundamente.)

— Nosotros sacaríamos partido enorme de un pueblo con tan excepcional desprecio de la vida.

— Tal vez, pero en México se odia el militarismo.

El «húsar de la muerte» se echó a reir y agregó:

— Pero en cambio se soportan otras cosas peores. Yo también odio el militarismo, soy socialista y abogado; pero en Alemania me han enseñado a obedecer y soy soldado por obediencia y voy a la línea de fuego por obediencia. Quiero mi vida y antes que perderla estúpidamente prefiero obe-

decer, sencillamente obedecer. Ustedes no comprenden en América la grandeza que tiene esta palabra en Alemania. Nosotros haríamos un gran país de México.

Antes de retirarse me dió su tarjeta con su dirección en Munich.

Me acerqué pensativo a la gran ventana de la habitación. . . A lo lejos, bajo la paz de la luna, los jardines interiores, las casas destruídas, los muros ennegrecidos por los incendios de la invasión, me parecieron un elocuente comentario a las arrogantes palabras del «húsar de la muerte».

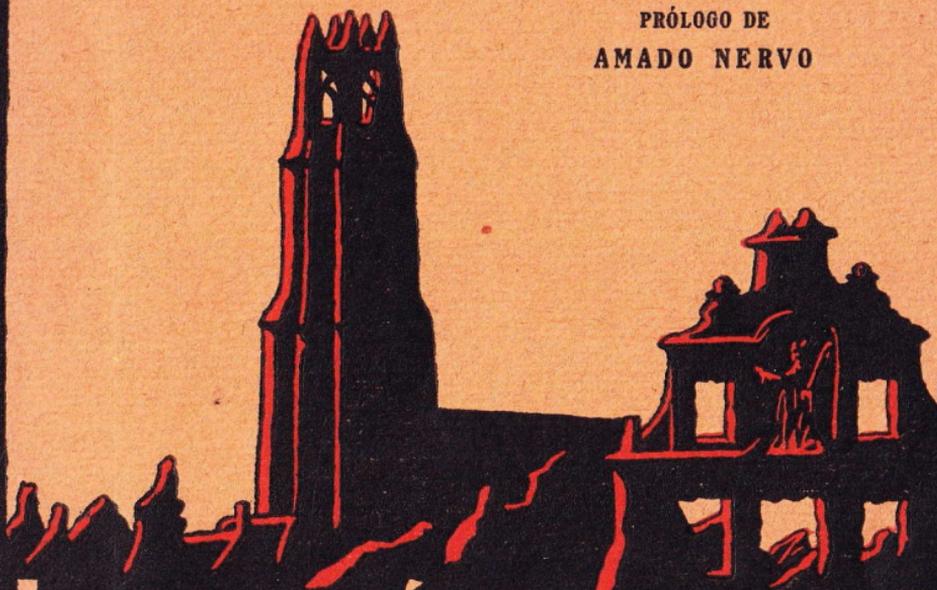


FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA

**PALABRAS DE
FRANCISCO VILLAESPESA**

**PRÓLOGO DE
AMADO NERVO**

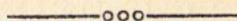


INVASIÓN

**y CONQUISTA
DE LA BÉLGICA MÁRTIR**

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA



Invasión y Conquista de la Bélgica Mártir

==== PALABRAS DE ====
FRANCISCO VILLAESPESA

==== PRÓLOGO DE ====
AMADO NERVO



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
16, PRÍNCIPE, 16 - MADRID